

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

Cuestión de estructura

Por supuesto, la obra cinematográfica es algo unitario que —tras la conjunción de muy diversos elementos de origen— se presenta como un todo global al espectador. Sin embargo, cabe realizar sobre ella una labor de disección crítica, un análisis, que vaya individualizando sus distintos componentes hasta completar un proceso, que es exactamente el inverso al seguido por el director en su tarea creadora. Y ello, en busca de una máxima concreción en el juicio, de un mayor afinamiento objetivo en la valoración subjetiva que subyace a todo acto crítico. En este sentido, creo poder afirmar que el hecho de que «La casa sin fronteras», de Pedro Olea, sea un film en buena parte fallido, proviene del escaso valor de su base literaria, de un guión cuyo desarrollo se cierra a los veinte minutos de proyección, para sólo enriquecerse muy de tarde en tarde entre los meandros de una acción repetitiva que poco aporta al tema central. Pienso cada vez más que el autor se juega la obra en la elección de estructura, en el empleo de un armazón u otro como sustento de su narrativa o de su reflexión. Una película como «La casa sin fronteras», que pretende comunicar una sensación de angustia, de cierre completo a cualquier posibilidad de salida, ha de utilizar lo que —en términos quizá simplistas— podríamos llamar «estructura en espiral», de la que cualquier film de Hitchcock sirve de ejemplo. Olea ha optado por una «estructura lineal», buscando que fuesen pequeños detalles, al final de cada secuencia, los que determinarían el avance de la narración. Para mí, ahí es donde ha perdido la partida.

Posiblemente no se ha tratado de una elección libre, sino de la necesidad comercial de alar-

gar hasta hora y media lo que en principio no daba para más de un mediometrage. El relleno artificioso, que supone una amplia zona del desarrollo actual, quiebra el ritmo de la película, la dilata fatigosamente, anula la tensión creada al comienzo. En contrapartida, se echa en falta un mayor volumen informativo sobre la organización que da título al film, sus características, intereses económicos y políticos, grupos sociales que la apoyan, relaciones con el poder establecido... Imagino que esta carencia de datos no se debe a la voluntad de los guionistas —Juan Antonio Porto y el propio Olea—, sino al peligro de que el espectador elaborase una inmediata asociación de ideas con situaciones existentes. Y cuando hablo de «espectador», no olvido aquello de que el primer espectador de toda película española es un censor. Con lo que ya estamos en los problemas, en las imposibilidades de siempre.

Dentro del análisis que proponíamos al principio de esta reseña, un juicio bastante más favorable merece el trabajo de realización lle-

vado a cabo por Pedro Olea. Hablar con respecto a él de seriedad, dignidad, o nivel desacomodado, dada la tónica media de nuestra producción, me parece innecesario, por cuanto ya se supone. El autor de «El bosque del lobo» continúa aquí con el tema que vertebra su obra más personal: la imposibilidad de realización humana en medio de una sociedad opresiva, y los medios de que ésta se sirve para condicionar, y más tarde destruir, al individuo. Cuestión de libertad, en último término, que Olea muestra como no verificable mientras una determinada situación permanezca. «La casa sin fronteras» vuelve a emplear esa dimensión parábólica, tan querida para su director, con la inserción de un subtema que —si bien presente desde «Annabel», práctica de graduación (1964) en la Escuela Oficial de Cine— va tomando, día tras día, en él una mayor fuerza y capacidad de sugestión: la muerte como desenlace lógico de esa opresión envolvente y como atmósfera cotidiana de unos seres que se saben no-libres. Todo ello da al cine de Olea una pátina de tris-

teza, de negra melancolía, que la excelente utilización del paisaje urbano bilbaíno acentúa aquí más que nunca. ■
FERNANDO LARA.

Buñuel dice no

Aunque a muchos haya podido sorprendernos por pura relación comparativa, «El discreto encanto de la burguesía» se ha estrenado por estos cotos, y ahí está, tan pimpante y farruca, en las carteleras. Claro, que, ligero matiz, con unos cuantos cortes, que adecuan su proyección a las especiales condiciones de nuestro país. ¡Pura anécdota!

Pues bien; Buñuel ha dicho no. En unas declaraciones aún calientes a un periódico zaragozano, recogidas por Joaquín Aranda, don Luis explica que este es el único lugar del mundo en que cortan sus películas. Que ya está bien, y afirma de forma contundente: «No volveré a hacer cine en España. Además, el permiso para estos cortes podíamos darlo el productor Silberman o yo mismo. Yo no lo he hecho y creo que él tampoco. ¿Quién es, pues, responsable de este acto ilegal?».

Ni el éxito, ni el Oscar ni la fama han variado sus costumbres. Las pausas en el trabajo las aprovecha para marcharse a Zaragoza, a Calanda, al Maestrazgo, y enraizarse con más fuerza. La familia, el paisaje, el vino o los cantos de la tierra tiran mucho. También el permanente reencuentro con el pasado, sobre el que se construye el futuro. Buñuel no oculta sus raíces, sino que las exhibe gozoso. Muchos zaragozanos tienen el costumbre de cruzarse por las calles cada cierto tiempo. Es un motivo de alegría. Sólo se callan los responsables de que tantos aragoneses se encuentren fuera de su tierra a fuerza de aplastar todas las tentativas de realizar su trabajo allí.



Hablo de todo esto con Pedro Cristian, sobrino de Buñuel, camino de Calanda: «Me ha llamado hoy por teléfono —me dice— para leerme las declaraciones. Es cierto que está indignado, pero todo esto más bien le divierte que otra cosa». Es verdad, y tiene mucho de cómico. Cuando nuestras bardas fronterizas eran impenetrables, una prohibición, unos cortes, un cambio de diálogo, tenían sentido para quienes lo aplicaban. Ahora, no. Muchos han visto la versión íntegra de «Le charme discret de la bourgeoisie» fuera de España. Los planos que la tijera suprime han sido minuciosamente relatados en críticas y artículos. Lo único que se consigue con todo esto es el ridículo y un poco de morbo. De aquel espíritu protector de las bases morales, espirituales e ideológicas de nuestra sociedad, que, gracias a los censores, se llevó tan felizmente a término, queda bien poco. Realmente, todo hace suponer que los tiempos que corren y las censuras que padecemos son —también felizmente— inoperantes e incompatibles. Algo bueno tiene que producir la era del cochecito.

Calanda, en los contrafuertes del Maestrazgo, que comienza a empinarse a partir de allí, es pósito permanente y bullicio anual de tambores. Fue tierra de anarquistas, resultado de la politización fulgurante de un medio social e ideológico casi medieval. En la fachada de la iglesia, sobre la puerta principal, todavía puede verse, a cachos,

las letras semiborradas por lluvias y vientos de la palabra «Almacén», menester a que fue destinada durante la guerra civil por el comité local de la CNT. Como en otros muchos pueblos, se emitió moneda. He visto uno de aquellos billetes-vale, en Los Angeles, en casa de un antiguo combatiente de la guerra, que lo guarda nostálgicamente junto a otros muchos recuerdos.

«Villa María», la finca familiar, es un edificio elegante de fines de siglo, con verja y puertas de hierro y un gran jardín detrás, que llega hasta el río. Hace muy pocos días estuvo aquí Buñuel midiendo el perímetro de árboles gigantes que plantó su padre. Aquí se reúnen muchas especies distintas, vegetales y animales. Todo esto forma la raíz primera, natural y materna, a la que siempre se vuelve. Zaragoza supone la adolescencia, el primer medio cultural.

Y todo esto, ¿por qué? Quizá porque ha dicho que no hará más cine aquí, y toda su obra es española, y si me sacan las cosquillas, aragonesa por los cuatro costados. Porque es doloroso y terrible que un productor de cultura, cuyas raíces reconocidas y confesadas están entre los Pirineos y el Maestrazgo, y el Ebro en medio, tenga que rodar en París o Méjico. Porque sea cual sea el tema tratado en sus películas, el punto de vista, el humor, la ironía y la sinceridad rajante participan de la vieja condición del aragonés, medio destruida ya por la voracidad que la oligarquía ha impuesto como forma de vida. El calvinismo como ética está en alza en el núcleo de ideas dominantes, todo sucumbe, y sobre todo la propia dignidad humana, ante el ansia de poseer: norte y preocupación de una sociedad apática, desinformada, indiferente a la propia historia.

Y a pesar de todo español. Ahora ya tiene el don, como don Antonio Machado, don Manuel



«La casa sin fronteras», de Pedro Olea (1972).